

Traigamos al presente la opinión del presidente Kennedy sobre los empresarios. En abril de 1961, el joven mandatario persuadió a los líderes obreros de la industria siderúrgica para que reclamaran incrementos salariales moderados, a fin de encarar con éxito la inflación. Eso habían pedido los industriales, para a su vez no aumentar los precios del acero. Una vez que lo hubieron logrado, sin embargo, hicieron lo contrario de lo ofrecido. La compañía puntera en el ramo, la US. Steel, elevó los precios en 3.5 por ciento. Enterado de la decisión, Kennedy "se abandonó a una reflexión —narra Robert Leckacmān— que más tarde resonaría a través de toda la comunidad industrial: 'Mi padre siempre me dijo que todos los hombres de negocios eran unos hijos de perra, pero hasta ahora nunca lo creí'".

Se dirá con razón que ni Kennedy ni su padre tenían autoridad moral para formular semejante juicio y que en todo caso les era aplicable también a ellos. Y se dirá, con mayor razón, que el juicio es inexacto e injusto, por generalizador. Pero en su esencia concierne a lo que ocurre hoy en la política mexicana, a propósito del papel que los grandes empresarios quieren desempeñar en ella. Sus líderes, como los de la industria siderúrgica de nuestra evocación, consiguieron también que las demandas salariales fueran moderadas, pero se han rehusado a pagar la cuota que les corresponde en la crisis, y se lanzaron a incrementos de precios que rompieron el pacto de solidaridad, actualización del viejo pacto social que el gobierno había intentado recoser. Han buscado, además, lanzarse hacia adelante, para confirmar que el papel que el gobierno les asigna en la economía debe tener también su traducción en la política. Por eso la exigente posición expresada en Toluca: porque una vez legitimada de

La política empresarial

Miguel Angel Granados Chapa

nuevo su función en la sociedad mexicana (puesta en cuestión el primero de septiembre del año pasado) se proponen ampliar el espacio ya ensanchado en que actúan políticamente.

Digamos para empezar que escogieron, de los diversos foros posibles, el más vulnerable de todos, el de la Concanaco. Por ello la acusación priista de que las cámaras no tienen derecho a entrar en política es más que la expresión ingenua de un buen deseo. En efecto, por su composición las cámaras de comercio y las industriales sólo de modo torcido pueden convertirse en instrumentos de actuación política. Siendo como son agrupaciones obligatorias, no voluntarias, se incurre en manipulación y en autoritarismo cuando se proponen opiniones que no necesariamente corresponden a la pluralidad de los criterios de sus agremiados. Estos no tienen posibilidad, como podrían hacer en tratándose de organizaciones a las que se pertenece porque se quiere, de marcharse de ellas si sus manifestaciones públicas no concuerdan con las suyas particulares.

La Concanaco, es también vulnerable por que a sus más conspicuos miembros les cabe el lamentable honor de protagonizar la embestida contra la economía popular. No han estado solos, sin duda, pues el gobierno sacramentó las alzas:

Pero sin duda también el sector menos solidario con el resto de la sociedad en esta hora ha sido precisamente el gran comercio, que no obstante clama por una mayor presencia política. Su principal dirigente, por último, no tiene cara con qué increpar al Estado su participación en la economía, pues negocios en los que ha estado vinculado pasaron precisamente a manos estatales por decisión del propio Emilio Goicoechea.

En apariencia, la salida empresarial al campo de la política le habría sido contraproducente. El comité nacional priista se enfrentó a la intentona con una declaración inusualmente oportuna y enérgica. . . que sólo tuvo cuarenta y ocho horas de vigencia. El PRI puntualizó, el jueves 27, el carácter de representación gremial obligatoria de las cámaras y sentó por ello su incapacidad para hacer planteamientos políticos. Las agrupaciones patronales se quejaron, infundadamente, de que su libertad de expresión quería ser coartada, y el PRI cayó de inmediato en la trampa; ayer, en Gómez Palacio, su dirigente nacional dio marcha atrás, o por lo menos puso freno a su original posición. Elogió a los empresarios, elogió a la libertad y pidió paz: "no es momento para querellas", dijo.

Seguramente no lo es: la brutal agresión a principios y personas perpetrada por tropas guatemaltecas en Chiapas exige concentrar en esa situación tan grave la atención nacional. Pero una cosa es aplazar el litigio y otra allanarse a la petición de la contraparte. Esto último es lo que ha hecho el PRI, y por ello el *round* es de los empresarios. No podía ser de otro modo. A corto plazo al menos, el país se forjará conforme a su designio, igual al gubernamental de esta hora. No siempre será así.